

Unamuno traductor de Th. Carlyle

LAUREANO ROBLES*

Resumen: El artículo puntualiza y precisa el tiempo invertido por Unamuno en la traducción al castellano de la obra de T. Carlyle, *History of the French Revolution*. A su vez llama la atención sobre el influjo que dicha obra ejerciera en la obra unamuniana, a cuyo autor cataloga como extraña síntesis entre predicador, filósofo, poeta e historiador romántico.

Palabras clave: Unamuno, Carlyle, Revolución francesa, Amor y pedagogía.

Abstract: This article points out Unamuno's period of time spent on the translation into Spanish of the book by T. Carlyle, «History of the French Revolution». At the same time it focused our attention on the influence that this task performed on Unamuno's work, since this author was considered, by means of it, a mixed synthesis of preacher, philosopher, poet and romantic historian.

Key words: Unamuno, Carlyle, French Revolution.

Desde hace tiempo vengo diciendo, que, en España, el conocimiento directo de los grandes pensadores y de sus obras mayores es fruto de nuestros días. Hoy, en nuestras Universidades o fuera de ellas, lo que hacen nuestros intelectuales, en materia filosófica, es homologable a lo que hacen fuera otros colegas. Se conoce a los autores, se leen sus obras mayores y se piensa en sintonía con las grandes escuelas.

El desconocimiento de las lenguas extranjeras, la falta de textos en nuestros Centros universitarios, la ausencia de planificación académica y sobre todo la libertad de poder pensar, de poder decir lo pensado y de poder llevarlo a la práctica son, a mi entender, las principales causas del peculiar hacer que tuvimos los españoles en las centurias pasadas.

El conocimiento directo de los grandes pensadores y de los sistemas filosóficos lo suplimos a través de los manuales de texto; manuales de texto que nos proporcionaron los datos que precisábamos para salir del paso. Las ideas que nos formamos en siglos pasados han sido, por tanto, tangenciales. Institucionalmente no estuvimos capacitados para el diálogo filosófico. Si alguien lo estuvo fue gracias a su esfuerzo personal y privado.

En 1989, con motivo del bicentenario de la «Revolución francesa», llamé en concreto la atención sobre la gran laguna que hemos tenido de estudios e investigaciones sobre la Ilustración francesa, y mucho más, de las obras de sus pensadores y líderes políticos. La culpa, como tantas veces, la tuvo don Marcelino y sus seguidores, quienes proyectaron sobre la Revolución Francesa y su influjo en España las diatribas y denuosos consabidos. Prueba de ello son los textos publicados al principio del franquismo. Así, por ejemplo, en el *Catecismo Patriótico-español* su autor, el dominico P. Ignacio González Menéndez-Reigada, al enumerar las principales consecuencias de la

* Facultad de Filosofía. 30071. SALAMANCA.

invasión napoleónica, señala el que «arraigasen en España mediante los *afrancesados*, las ideas enciclopedistas de un liberalismo democrático y constitucional, que tantos desastres produjeron y cuya liquidación se está haciendo precisamente en nuestros días: España había ganado la guerra en el terreno de las armas, pero la había perdido en el de las ideas»¹. Para otro dominico, el historiador leonés Luis G. Alonso Getino, ideólogo y colaborador del Régimen franquista en sus primeros días, la guerra *incivil* (prefiero llamarla así) española «empezó a incubarse en el reinado de Carlos III en que surgió «una anti-España»². Los textos podrían multiplicarse. No es necesario. Aquella sombra proyectada por el franquismo perduró entre nosotros durante muchos años, y aún perdura en muchos trogloditas y cavernarios.

También aquí, en esta parcela, hemos de decir que los primeros accesos a los conocimientos de la Revolución Francesa nos llegaron de segunda mano y a través de intermediarios. En este caso concreto la obra de Thomas Carlyle, *History of the French Revolution*, traducida al castellano por Miguel de Unamuno, jugará un papel importante, no sólo influyendo en él, (concretando su estilo y perfilando su pensamiento), sino en muchos de nuestros intelectuales del pasado, cuya única aproximación hacia la temática revolucionaria les vino a través del citado texto.

Gracias al Epistolario unamuniano, cuya edición preparo, podemos reconstruir el tiempo invertido por Unamuno en traducir a T. Carlyle, así como leyendo sus artículos de prensa podemos precisar el impacto que le produjo el conocimiento de su obra.

En la correspondencia de Lázaro Galdeano con Unamuno, que yo mismo publiqué hace años³, encontramos varias cartas que nos hablan de ello. José Lázaro, propietario de la Editorial «La España Moderna», de Madrid, y de la Revista del mismo nombre, había comprometido a Unamuno a trabajar para sus empresas. Unamuno venía traduciéndole toda una serie de obras desde 1893. Se había incorporado como catedrático de la Universidad de Salamanca en el Curso 1891-92. Es recién casado; vive en casa de alquiler (calle Libreros, 16) y el sueldo de funcionario es más bien bajo. No le llega para cubrir gastos y tiene que buscarse unos ingresos extra. Tanto los escritos que publica en la prensa, como las traducciones que hace, están motivados *pro pane lucrando*.

El 22 de abril de 1899 Lázaro escribía a Unamuno desde Madrid: «Le envío, como a todos los profesores de la asignatura, la *Historia de la Literatura Griega*, de Murray, y además la *Historia de la revolución francesa* de Carlyle, por si V. quiere traducirla. Creo que ha de ser de su agrado.

El precio que puedo ofrecerle por los tres tomos es de tres mil reales. V. me dirá si le conviene y en caso negativo le ruego me devuelva la obra.

Si la traduce debe remitirme los tomos a medida que los concluya sin esperar a la terminación total»⁴.

Desgraciadamente no tenemos las repuestas de Unamuno, para terminar de precisar los datos, pero podemos reconstruirlos por las cartas de Lázaro. El 14 de marzo de 1900 éste volvía a escribirle: «Me urge publicar el primer tomo de Carlyle. ¿No ha concluido V. de traducirlo? Estoy dispuesto a publicar también el *Sartor Resartus* que V. me ofreció tiempo atrás, pero me parece que

1 Menéndez-Reigada, *Catecismo Patriótico-Español*, 3ª ed., Salamanca, Est. Tip. Calatrava, 1939, p. 25; cf. Robles, Laureano, «¿Qué debe Europa a la filosofía española? Repercusión de la Revolución francesa en el pensamiento filosófico español», en: *Simposio sobre el pensamiento filosófico y político en la Ilustración francesa*. Santiago de Compostela, Universidad, 1992, pp. 63-86.

2 Alonso Getino, Luis G., o.p., «Actitud española. Tres charlas ante el micrófono de la radio», en: *La Ciencia Tomista* (Salamanca), 56 (1937) 58-109; 349; 57 (1938), 15-37; 491-506; 58 (1939), 17-48 (1940), 171-188.

3 Robles, Laureano, «Cartas de J. Lázaro Galdiano a Unamuno (1893-1912)», en *Volumen Homenaje Cincuentenario de Miguel de Unamuno*. Salamanca, Casa Museo Unamuno, 1986, pp. 743-792.

4 Carta 23.

no debe dar este libro antes que la *Historia de la Revolución*. Quizá convendría dar el primer tomo de la *Historia*, luego el *Sartor* y en ese tiempo concluir V. los otros dos tomos para publicarlos enseguida. Tiene V. la palabra»⁵.

Apenas recibida la citada carta, Unamuno debió escribirle a Lázaro remitiéndole la traducción completa del volumen primero, pues, el 26 del mismo mes de marzo Lázaro volvía a escribirle para decirle: «¿Quiere V. enviarme una cuartilla en la portada de Carlyle? Cada tomo lleva un título especial que figura en la anteportada del original inglés y esos títulos especiales son los que me hacen falta»⁶.

Así, pues, cabe pensar que el tomo primero de la *Historia de la Revolución francesa* de T. Carlyle fue traducido por Unamuno en los tres primeros meses de 1900, entrando de inmediato en la imprenta. Una carta de Unamuno al catalán Joan Maragall, 6 de junio de este año, nos permite saber que en esos días estaba ocupado en la ingrata tarea de la corrección de pruebas: «Ahora los condenados exámenes y la corrección de pruebas de una traducción de Carlyle me roban tiempo, reprimiéndome en mi epistolomanía. Pero otras veces dejaré correr la pluma»⁷. Debí de terminar de corregir las pruebas pocos días después, porque el 11 de junio volvía a escribirle Lázaro en estos términos: «Ayer le remití el número de *La España Moderna* que me pedía y hoy le envío en una L./ los mil reales de la traducción del tomo 1º de Carlyle. ¿Quiere V. decirme los subtítulos de los otros dos? No los recuerdo y me conviene anunciarlos. ¿Calcule V. cuándo puede estar concluido cada uno de esos tomos?»⁸.

En la Casa Museo de Unamuno, de la Universidad de Salamanca, se guardan los tres volúmenes de la obra de T. Carlyle, que le remitiera Lázaro Galdiano⁹. En el vol. I, de 366 páginas, se

5 Carta 26.

6 Carta 27.

7 Archivo L. Robles. Llevo recogidas ya más de dos mil cartas de Unamuno que espero publicar un día bajo el título *Epistolario de Unamuno*.

8 Carta 28.

9 Carlyle, Thomas, *The French Revolution: A history*. Leipzig, Bernhard Tauchnitz, 1951, I, VI- 366 pp. Unamuno hace las siguientes señales: En la p. 73 margen superior escribe a lápiz rojo: «5p ps»; en la p. 77 a lápiz negro: «50 p.» Termina el libro II. En la p. 145 a lápiz rojo «100 ps.» Termina el libro III. En la p. 183 a lápiz rojo: «125 ps» En la p. 255 a lápiz rojo: «175 p.» En la p. 329 margen derecho: «225». Todo ello son los mil reales que cobra por traducir el volumen.

Vol. II, VI-388 pp. En este volumen aparecen: En la p. 194 margen izquierdo escrito a lápiz rojo: «1/2»: Es la mitad justa del volumen. En la p. 232 a lápiz: «6/10».

Vol. III, VI-430 pp. En él escribe: En p. 25 margen derecho: «15 pes». En p. 41 margen superior izquierda: «1/10», margen derecho: «25 pes». Equivale a una décima parte del libro. En la p. 49 margen derecho: «30 p.» En p. 65 m. der.: «40 p.» En p. 74 m. izq.: «45 p.» En p. 82 m. izq. «50 p.» En p. 90 m. izq.: «55 p.» En p. 98 m. izq.: «60 p.» En p. 106 m. izq. «65 p.» En p. 114 m. izq.: «70 p.» En p. 122 m. izq.: «75 p.» En p. 130 m. izq.: «80 p.» En p. 136: «1/3» de la obra. En p. 203: «1/2» mitad: En p. 139 m. der.: «85 p.» En p. 147 m. der.: «90 p.» En p. 155 m. der.: «95 p.» En p. 163 m. der.: «100 p.» En p. 171 m. der.: «105 p.» En p. 187 m. der.: «115 p.» En p. 203 m. der.: «125 p.» En p. 212 m. izq.: «130 p.» En p. 220 m. izq.: «135 p.» En p. 228 m. izq. 140 p.» En p. 236 m. izq.: «145 p.» En p. 24 m. izq.: «150 p.» En p. 252 m. izq.: «155 p.» En p. 260 m. izq.: «160 p.» En p. 268 m. izq.: «165 p.» En p. 277 m. der. «170 p.» En p. 285 m. der.: «175 p.» En p. 293 m. der.: «180 p.» En p. 302 m. izq.: «185 p.» En p. 309 m. der.: «190 p.» En p. 317 m. der.: «195 p.» En p. 325 m. der.: «200 p.» En p. 333 m. der.: «205 p.» En p. 342 m. izq.: «210 p.» En p. 350 m. izq.: «215 p.» En p. 358 m. izq.: «220 p.» En p. 366 m. izq.: «225 p.» En p. 374 m. izq.: «230 p.» En p. 382 m. izq.: «235 p.» En p. 390 m. izq.: «240 p.» En p. 398 m. izq.: «245 p.» Cada 8 páginas: 5 pesetas. En p. 271 margen derecho: «2/3». Debo decir que Unamuno cuenta las páginas en blanco, aunque no las traduzca. En la p. 407 final del vol. III escribe a lápiz: 407: 3=135x2=270. Equivale a «1/3» del volumen (que está en la p. 136) y a los «2/3» (que está en la p. 271). Todo ello indica la minuciosidad, la precisión, la esquizofrenia que le produjo la traducción de la obra, así como la obsesión de ir contabilizando las pesetas que iba ganando a medida que iba traduciendo las páginas.

la traducción el 31 de agosto de 1900; traducción que llevó a cabo en 94 días, invirtiendo un total de 115'6 horas de trabajo para traducir un total de 388 páginas del vol. II del texto original inglés. Día más, día menos, Unamuno empleaba traduciendo una hora al día. Hombre minucioso, detallista, con alma de usurero, va anotando puntualmente el tiempo exacto que invierte cada día en la traducción. En el vol. II, del texto inglés, Unamuno escribe en la página 194, margen izquierda y a lápiz rojo: «1/2» Es la mitad de la obra. En la pág. 232 señala a lápiz: «6/10», es la sexta de la décima parte.

Así, pues, el vol. II fue traducido entre el 1 de septiembre y el 12 de diciembre de 1900, a razón de una hora más o menos al día. El volumen debió entrar en la imprenta en los primeros días de enero de 1901; volumen en el que Unamuno firma ya como Rector de la Universidad de Salamanca.

Por una carta del propio Unamuno al joven asturiano Bernardo G. de Candamo, 22 de abril de 1901, podemos pensar que quedó harto de traducir. «¡Qué ganas tenía, querido amigo, de escribirle! Pero he llevado una temporada de *disipación*, en el recto y etimológico sentido del vocablo. Apenas me quedaba tiempo más que para apurar mi traducción de la *Hist. de la Rev. francesa* de Carlyle, que urgía, y avanzar algo en mi novela. Pasé además los días de Semana Santa y Pascua en el campo»¹².

Cada día que pasaba Unamuno estaba más ocupado y metido en mil cosas. Desde primeros de enero de 1900 ha sido invitado a colaborar en *La Nación* de Buenos Aires¹³. Escribe 3 artículos mensuales para *Las Noticias*, de Barcelona¹⁴. Ha entrado a colaborar en *El Imparcial*, de Madrid, etc. «Mi firma va extendiéndose e influyendo mi labor. *La Nación*, de Buenos Aires, me pidió un artículo, se lo envié (acerca de la raza vasca) y anteayer me enviaron un cheque de 150 pesetas por él. Aquí no se paga de esa manera»¹⁵, le dice a Pedro Múgica el 23 de enero de aquél año.

Hacia septiembre/octubre Unamuno comenzó a redactar *Amor y Pedagogía*, que le ocupará de lleno todo el año 1901; obra escrita a la vez que traduce los volúmenes II y III de *Historia de la Revolución francesa* de T. Carlyle. Unamuno va entrando en otra problemática. Las traducciones cada día le interesan menos; aparte, no le son rentables económicamente. No acaba de hacerse el ánimo de que tiene que traducir el volumen tercero. Para colmo, el 1 de octubre de 1900 Unamuno dio en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca el Discurso de apertura del Curso académico, que le valdrá el que sea nombrado Rector de dicha Universidad por Real Decreto del día 26. Dicho sea de paso: Unamuno nunca fue elegido democráticamente por el Claustro universitario; siempre fue nombrado a dedo por los Gobiernos de turno.

Pasados los días de su nombramiento de Rector, con la toma de posesión del cargo y demás parafernalias, después de un largo paréntesis de casi un año, Unamuno se vio obligado a afrontar la traducción final del volumen tercero; traducción que inicia el 6 de noviembre de 1901 y termina en 34 días, tras haber invertido un total de cien horas y 13 minutos, para un total de 407 páginas que tiene el texto inglés. Con ello sabemos que Unamuno vino traduciendo un promedio de 4 páginas a la hora. El 17 de diciembre de 1901 Lázaro Galdiano le escribía a Unamuno desde Madrid: «Recibí el tercer tomo de Carlyle, y ha hecho V. bien en girar por su importe.

12 Unamuno, Miguel, *Epistolario inédito*. Ed. Laureano Robles, Madrid, Espasa Calpe, 1991, Carta 24.

13 Víctor Ouimette me entregaba, pocos días antes de morir, para que se publiquen aquí en Salamanca, los artículos de Unamuno hasta 1914; artículos aún no recogidos en sus *Obras Completas*.

14 Sotelo Vázquez, Adolfo, *Miguel de Unamuno: Artículos en «Las Noticias de Barcelona (1899-1902)»*. Barcelona, Ed. Lumen, 1993, 429 pp. En la Casa Museo de Unamuno, de la Universidad de Salamanca hay una serie de artículos no recogidos por el recopilador.

15 cf. L. Robles, *Cartas de J. Lázaro*, p. 774, n. 173.

Uno de estos días empezaré a remitirle pliegos del hermoso libro de Bunge; este Bunge me parece lo mejorcito que hay por aquellos aires buenos»¹⁶.

La impresión del vol. III está hecha, por tanto, en los primeros meses de 1902, e invirtió 9 horas y 59 minutos en la corrección de pruebas; repartidas esas horas a lo largo de ocho días.

He señalado estos pormenores porque en el texto no aparecen las fechas de impresión de los volúmenes, y, hasta hoy —que yo sepa— no se ha podido precisar esta faceta en la vida de Unamuno.

Unamuno no podía emplear excesivo tiempo en la traducción del volumen tercero. Cada día los compromisos eran mayores y los intereses distintos. Ha encontrado otra fórmula más productiva: ganar más en menos tiempo, escribiendo artículos para la prensa. Primero en la nacional, luego en América, especialmente en Argentina, donde la van a pagar más con menos esfuerzo.

Esta es, a mi entender, la única razón que le movió a cambiar el trabajo de traductor por el de escritor de artículos de prensa; aparte de que tal trabajo le proporcionaba más fama y prestigio. El 23 de enero de 1900 le escribía a Múgica: «Mi firma va extendiéndose e influyendo mi labor. «La Nación», de Buenos Aires, me pidió un artículo, se lo envié (acerca de la raza vasca) y anteayer me enviaron un cheque de 150 pesetas por él. Aquí no se paga de esa manera» Mientras tarda cien horas traduciendo, para conseguir 225 pesetas, gana 150 escribiendo un artículo en el que no emplea más de media hora. Las reglas de la economía juegan también un papel decisivo en su quehacer intelectual.

Es tremendamente espresivo lo que escribe en el artículo, *De vuelta*, publicado en el periódico de Barcelona, «Las Noticias» (15 abril de 1902):

«Y ahora, al observar que vuelvo a repetir fórmulas que estampé al principio de estas líneas, caigo en la cuenta de que se me va acabando la cuerda de este artículo, porque si bien se me ocurre algo más, la ley de la economía literaria exige que distribuya mis ideas entre diversos escritos y no que las conglomere todas en unos pocos. Hay que saber distribuir los pensamientos además y luego saber alargarlos y ponerles variaciones.

Esto de la economía no es más —ya lo habrás comprendido— que una de tantas farsas como inventamos los escritores para disfrazar con supuestos preceptos literarios razones de orden económico, pero de orden económico pecuniario. El que un tema tenga cinco o tres actos no responde a razón alguna estética, sino a que así se cobra más. Y del mismo modo esto de distribuir y alargar mis ideas no es para que las recibas mejor dispuestas, sino porque si las meto en un solo artículo, cobro por el x y si las distribuyo en tres, cobro 3 x, y es evidente de toda evidencia que si con x me mantengo dos días con 3 x me mantendré seis días y yo tiro a mantenerme sobre la tierra el máximo número de días posible. De por qué tiro a esto te enterarás otro día, lo cual me dará ocasión para otro artículo, que es lo que voy buscando.

Otras ventajas tienen para mí estos artículos y es que, como soy escritor ovíparo, me sirven de huevos para obras posteriores y extensas.

Al leer lo de que soy un escritor ovíparo has hecho un gesto, un leve fruncimiento de cejas, que quería decir: «¿qué es esto?», y a satisfacer tal curiosidad dedicaré otro artículo.»

16 Carta 31.

Años más tarde ampliaré esta idea en un diálogo que lleva por título «El talento de hacer artículos», publicado en *El Sol*, de Madrid, el 2 de diciembre de 1917 y recogido en *De esto y aquello*¹⁷.

Influjo y presencia de T. Carlyle en Unamuno

No voy a repetir aquí lo que dijeron hace años Carlos Clavería¹⁸ y Thomas R. Franz¹⁹ a este propósito, pero sí aportar algunos datos para completar o precisar los suyos.

Si nos dejásemos llevar por los datos hasta aquí expuestos tal vez diríamos que Unamuno comenzó a leer a T. Carlyle en abril de 1899, cuando Lázaro Galdiano le remitió la obra sobre *La Revolución Francesa*: «por si quiere traducirla. Creo que ha de ser de su agrado», leíamos en la carta. Yo, en cambio, no estoy seguro que fuese Lázaro quien le propusiera traducirla, o si, por el contrario, fue Unamuno el que le habló a Lázaro de traducirla. Puedo afirmar, no obstante, que los conocimientos que Unamuno tenía ya por esas fechas de T. Carlyle le venían de años atrás.

En Unamuno, como en cualquier intelectual que analicemos, suele haber dos tipos de lecturas y de conocimientos. Unos, de primera mano, otros de segunda o a través de intermediarios. Cuando alguien le llama la atención hablando de un autor que le parece interesante, Unamuno suele hacerse con sus obras para conocerle personalmente. No es Unamuno un autor que se conforme con hablar de oídas o por los juicios que los demás le proporcionan.

Hubo un momento en la vida de Unamuno en la que éste conoció a T. Carlyle a través de Taine²⁰ como él mismo nos dice²¹.

Desgraciadamente no puedo precisar ni cuándo tuvo lugar la lectura de Taine, ni ese punto en que fue a la búsqueda del *mastodonte*.

Rastreando cronológicamente los escritos de Unamuno, sin pretender ser exhaustivo, puedo afirmar que los primeros conocimientos o acercamientos de Unamuno a T. Carlyle están relacionados con la lectura de *Los héroes*. En 1893 se había publicado, en dos volúmenes, una traducción del inglés, hecha por Julián G. Orbón, con un prólogo de don Emilio Castelar y una introducción de Leopoldo Alas («Clarín»)²². Era la primera obra que se traducía al castellano y, además incompleta, con anterioridad a la traducción que hiciera luego Unamuno de *La Revolución francesa*.

De esta lectura de *Los héroes* se hizo eco ya en el artículo «Sobre el marasmo actual de España», que será luego uno de los cinco estudios que formen *En torno al Casticismo*, y que publicó en *La España Moderna*, junio de 1895:

17 Falta una investigación sistemática de recogida de los artículos publicados en los medios de comunicación social de la época: periódicos, revistas e incluso locuciones por radio.

18 Clavería, Carlos, «Unamuno y Carlyle», en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, 10, julio-agosto (1949), 51-87.

19 Se han ocupado de Unamuno como traductor: Carlos Serrano, «Sobre Unamuno traductor», en *Actas del VIII Congreso de la AIH.*, publicadas por David Kossof et al. (Madrid, Istmo, 1986), 588 ss. y Sylvia Truxà, «El joven Unamuno traductor del alemán», en: *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 64 (1988), 263-290.

20 H. Taine, *L'Idéalisme anglais. Etude sur Carlyle*. París, Germer Baillière, 1864, 187 pp. (Salamanca, CMU., U-314).

21 Unamuno, Miguel, «Maese Pedro. Notas sobre Carlyle», en *La España Moderna* (Madrid), V-1902; OCE., I, 1024; *Ensayos*, III, 145.

22 Hay también una versión española y prólogo por Pedro Umbert. Barcelona, Heinrich y Cia., 1907, 2 vols. (Salamanca, BU., 74037 y 91734-5). Otra en Barcelona, Imp. el Anuario de la Importación (Idem.); también, Barcelona, F. Granada y Cia. (Idem., 70799) y Buenos Aires, por Serafín Ponzinibbio, 1906 (Idem.).

«Hace poco pedía un crítico un cuarto turno en el Español para los autores noveles y desconocidos, algo así como un teatro libre. ¡Generosa ilusión! ¿Es que se sabe distinguir el brote nuevo? Nos falta lo que Carlyle llamaba el heroísmo de un pueblo, el saber adivinar sus héroes. Fundan unos muchachos una revistilla, y en seguida veréis en sus planas los nombres de tanda y de cartel. En la vida intelectual, lo mismo que en el toreo, apestado también de formalismo, hay que recibir la alternativa de manos de los viejos espadas; lo demás no se sale de novillero.»²³.

Unamuno, por principio, no es lector de traducciones. «Entiendo mejor a Carlyle en su brioso inglés que en una traducción castellana *literal* y servir que por ahí corre», escribe en «Sobre el uso de la lengua catalana», artículo que por cierto dedica a «Clarín», y que publicó en el *Diario Moderno*, de Barcelona, abril de 1896²⁴. Se está refiriendo, sin duda, a la traducción de Julián G. Orbón.

El 14 de mayo de este mismo año, 1896, publicaba Unamuno en *La Época* de Madrid, el artículo que lleva por título «The last Hero»²⁵. El artículo no es sino un breve comentario surgido al calor de la lectura de T. Carlyle. Cada pueblo tiene sus mitos y también sus héroes. En torno a éstos se forman aquéllos, y en Inglaterra, en concreto, sirven para fomentar el *patriotismo británico*. Mr. Cecil Rhodes, director de la Compañía encargada del Sur de África, puede ser el prototipo del nuevo héroe. «El pueblo inglés es un pueblo mudo —decía Carlyle— puede llevar a cabo grandes hecho, pero no descubrirlos» Cecil Rhodes es uno de estos héroes. Es el héroe administrador, *the here as manager*, propio de la expansión inglesa. Conoce lo que puede ejecutar, *know what thou can WORT AT*; es su clave. Frente a otros prototipos, para el inglés, el principio no es el *verbo*, sino la *acción*. Inglaterra es el pueblo de la acción y de la eficacia, mientras España es el país del gesto y de la verborrea.

Merecería en parte mención especial las continuas apelaciones que Unamuno nos hace a lo largo de sus escritos a la lectura y comentario del *Sartor Resartus* de T. Carlyle. En una carta de Lázaro, Madrid, 11 diciembre de 1893, leemos: «Yo consideraba de imposible traducción el *Sartor Resartus* y siempre que me recomendaban algún traductor con mucho empeño le daba ese libro con lo cual he conseguido que no vuelvan por mi casa. Si V. lo concluye tal vez se lo publique que abonándole muy poco pues esta clase de libros no tienen salida»²⁶. Luego Unamuno, con anterioridad a esa fecha, le debió proponer a Lázaro la traducción de la obra, que posiblemente tenía ya semiterminada. El 14 de marzo de 1900 vuelve a decirle Lázaro: «Estoy dispuesto a publicar también el *Sartor Resartus* que V. me ofreció tiempo atrás», como ya vimos. El 21 de diciembre de 1904 añadirá, por el contrario: «Veo que en Barcelona anuncian la publicación del *Sartor Resartus*, cuya traducción ha sido hecho por el Sr. Blanco. Hace años me dijo V. que la tenía hecha y me la ofreció: con el fin de que no se pierda el trabajo suyo estoy dispuesto a imprimirle en un periquete, y, naturalmente pagarlo, si V. me lo envía a escape y lo publico antes que Barcelona»²⁷.

El 2 de febrero de 1897 Unamuno publicaba en *La lucha de clases*, de Bilbao, un artículo que lleva por título «Destrucción y creación» En él podemos ver citado un texto del *Sartor Resartus*²⁸.

23 Pp. 26-45; OCE., I, 856-869.

24 OCE., IV, 503.

25 No recogido en las OC.

26 Carta 3.

27 Carta 26 y 40.

28 Falta también por recoger la serie de artículos que publicara en este periódico bilbaíno y seguir más de cerca cuanto escribió en este período sobre el socialismo.

Mientras aquí Unamuno se sirve del texto de T. Carlyle para hacer un alegato en favor del socialismo, idea que volverá a repetir poco después en «Revista del movimiento socialista»²⁹, la imagen le servirá de acicate para establecer sus puntualizaciones acerca del concepto de *historia* y de *intrahistoria*, presente a lo largo de sus escritos. Todavía, en julio de 1934, cuando escribe el prólogo a *El hermano Juan o el mundo es teatro*, vuelve a hacerse eco de esta imagen carliniana.

Sartor Resartus vuelve a estar presente en «¡Sembremos!», artículo de *La lucha de clases*, 27 de febrero de 1897³⁰.

Unamuno está en la antesala de su famosa «Crisis del 97». Hay ya en él ciertamente un conocimiento de T. Carlyle³¹, pero éste parece estar limitado, a juzgar por las citas directas, a *Los héroes* y a *Sartor Resartus*. La presencia de T. Carlyle en la obra de Unamuno pienso, sin embargo, está a partir del momento en que traduce *The History of the French Revolution*, y ésta no aparece nunca antes de abril de 1899. Va a ser, a partir de la lectura y de la traducción del primer volumen de dicha obra, que tuvo terminada en marzo de 1900, cuando tengamos que señalar el influjo mayor de T. Carlyle sobre Unamuno.

Recibido el texto de Carlyle, que Lázaro le remitiera, cabe pensar que Unamuno leyó primero la obra, antes de meterse a traducirla, para formarse una idea global sobre ella. Las muchas horas invertidas en su traducción terminarán, como es lógico, por dejar huella en él. Esta huella puede abarcar múltiples facetas que van, desde el lenguaje utilizado (forma), al contenido (fondo) de lo expresado.

Una de las cosas que primero le llamaron la atención a Unamuno, al tener el texto de T. Carlyle en sus manos, fue su lenguaje y estilo literario. En abril de 1899, posiblemente a los pocos días de recibir el texto, escribe para la *Revista Nueva* su artículo «Contra el purismo», en el que encontramos ya este juicio: «Entre la lengua de Lord Macaulay y la de Carlyle media una enorme distancia, y todo es inglés. Y este mismo Carlyle ¿no prestó acaso uno de sus más señalados servicios a su patria plagando la lengua de ésta de todo género de germanismos y de metaformismo neológicos y hasta de verdaderos barbarismos?»³². Y en la *Advertencia*, escrita antes del 11 de junio de 1900, para ser incorporada al frente de la edición del volumen primero, hallamos:

«Carlyle, el príncipe de los escritores ingleses, es desconocido en castellano.

Sólo se ha publicado una traición de *Los Héroes*, incompleta.

Para que nuestros lectores comprendan el estilo, raro sin duda, transcribimos el siguiente párrafo de una carta del traductor, Sr. Unamuno.

“Acabo de echar al correo las últimas pruebas de *La Revolución Francesa*, de Carlyle. La tarea ha sido ruda, porque me había propuesto reflejar el peculiarísimo y no siempre claro estilo de ese elocuente puritano. Las versiones francesas son, por lo común, glosas. Algún día escribiré acerca de Carlyle y me detendré a analizar su lenguaje y estilo, más *hablado* que *escrito*. En sintaxis de puntuación y acentuación más que otra cosa. Aun así resultará á las veces sibilítico y enigmático, pero es como él era”.

Seguros estamos de que los lectores sabrán apreciar el mérito de esta obra, *la mejor de cuantas se han escrito acerca de la Revolución francesa*, según dice Gubernatis, el

29 En: *Revista Política Ibero-americana*, 30-III-1897; OCE., IX, 726.

30 OCE., IX, 721.

31 Unamuno, Miguel: «Afrancesamiento», en *Las Noticias* (Barcelona), 8-II-1899; OCE., VII, 398 y «The English speaking folk», en: *La vida literaria* (Madrid), 11-III-1899; OCE., IX, 774.

32 N° 8, 25-IV-1899, pp. 3489-361.

más acabado modelo de humorismo y de psicología acerca de la Francia de fin del siglo XVIII.»³³.

El 3 de abril de 1900 escribiendo a «Clarín», recién terminada la traducción del volumen primero y enviado ya a la imprenta, le decía:

«Si el idioma inglés —el más rico y acabado— posee en su doble fondo léxico o más bien triple (anglo-sajón, franco-normando y latino *de pega*) una fuente de riqueza, poséela el castellano en los dobles. El buen Johnson, por pedantería, evitaba los vocablos anglo-sajones, empleando los latinos, lo mismo que hay en mi tierra aldeanos que cuando quieren hablar el vascuence en fino, no dicen *záldiyá* sino *cáballuá* al caballo. Carlyle, por su parte, propende a excluir las voces de origen latino o franco-normando. Y yo me inclino más a lo carlylesco, evitando las formas de origen erudito o libresco. Pero todo esto es materia larguísima, no siendo cosa de que me extienda aquí indefinidamente sobre un asunto que creo me es familiar y que podría ilustrar con copiosísimos datos sin más que ir a los cuadernos de mi *Vida del romance castellano*. Hay que barrer de las cuestiones de lengua la concepción del pacto social que en ellas aún domina. De aquí mi horror al gramaticismo, cuya utilidad es innegable. Pero lo aborrezco, por que es la lógica abstracta oprimiendo al idioma; exigiéndole, v. gr., sintaxis *gramatical*, que es falsa casi siempre...»³⁴.

Como es sabido, una de las atenciones mayores de Unamuno gira en torno a uso del lenguaje. Frente al cultismo, lo erudito y académico, él prefiere recuperar e incorporar a su lenguaje dialectismos populares y campesinos: «Creo que para enriquecer el idioma mejor que ir a pescar en viejos libretos de antiguos escritores vocablos hoy muertos, es sacar de las entrañas del idioma mismo, del habla popular, voces y giros que en ellas viven, tanto más cuanto que de ordinario los más de los arcaísmos perduran como provincialismos aquí»³⁵.

El *vocabulario* que recoge en apéndice al final de la *Vida de Don Quijote y Sancho* es todo un símbolo³⁶. El 28 de junio de 1927, escribiendo al hispanista norteamericano, Warner Fite, le diría: «En general mi criterio es que al traducir se debe tender a conservar lo más posible del estilo del original, pero no de la lengua. Mi mayor hazaña de traducir fue poner en castellano la *French Revolution* de Carlyle, sólo que me permití con el español las mismas libertades que él con el inglés y donde él forjaba un vocablo inglés yo forjaba uno español. Ciertamente es que la especial retórica carlyliana se me prestaba bien».

Terminada la corrección de pruebas e impresión de *La Revolución francesa*, Unamuno publicaría en *La España Moderna* (mayo de 1902) un artículo que lleva por título «Maese Pedro. Notas sobre Carlyle»³⁷, en donde el lector puede encontrar lo que Carlyle fue como historiador de la Revolución francesa, y, en particular, lo que significó para Unamuno en su vida literaria: «La

33 *La Revolución Francesa* por Tomas Carlyle. Traducción del inglés por Miguel de Unamuno. I: *La Bastilla*. Madrid, La España Moderna, s.f. 408 pp.; II: *La Constitución*, 405 pp.; III: *La guillotina*, 420 pp. En el t. I firma como «profesor de la Universidad de Salamanca», en el t. III como «Rector de la Universidad de Salamanca».

34 Archivo L. Robles.

35 *Ensayos*, II, 289.

36 *Ensayos*, II, 289-292.

37 Véase nota 21.

dificultad mayor que el lenguaje de Carlyle presenta es que parece un lenguaje dictado y no escrito por el autor mismo, y dictado a trozos y con tono a las veces sibilítico. Es el estilo de un conversacionista, que al conversar predica», leemos en ése artículo:

«La *Historia de la Revolución francesa*, de Tomás Carlyle, me recuerda, en efecto, la titerera de Maese Pedro, o, en general, un teatro Guiñol. Arma su tinglado, monta las figuras, se coloca él, Carlyle, dentro, y empieza a traerlas y llevarlas y hacerlas accionar, viéndosele no pocas veces la manos, y a hablar por ellas remedando voces. De vez en cuando interrumpe la representación, y asomando la cabeza por detrás del tinglado suelta a los espectadores un sermón en que hay mucho de «lúgubre», «sombrio», «preternatural», «limbo», «misterio fuliginoso», «Orco», «Tártaro», «Caos», «negruras sulfurosas de eternas tinieblas», «monstruo», «prodigio», «frenesí», «terror», «horror», «pavor», «rumor» y, sobre todo, «TIEMPO», escrito así, en letras mayúsculas todo él, y «Eternidad», o la «eterna noche». Y vuelve a meter la cabeza para continuar su cuento.»

añadirá poco más adelante. En otro momento escribe:

«Otro de sus temas favoritos es convencernos de que todo lo que en su tinglado nos representa es representación de realidad y no de ficción, de positiva y sólida realidad en el más hondo sentido de la palabra. Jamás he podido comprender cómo Taine llamó idealismo y hasta ultra-idealismo a la especie de filosofía que para comentar sus historias gastaba Carlyle, pues yo la llamaría más bien ultrarealismo. Verdad es que nada hay más confuso e incierto que esa distinción entre idealismo y realismo, a tal punto, que para muchos es Berkeley el representante del más genuino realismo, y acaso tengan razón en ello.

Todo puede atribuírsele a Carlyle menos propensión al fenomenismo; más bien se le podría suponer adepto de cierto realismo un tanto tosco, en que se siente con fuerza la personalidad concreta, el hombre de *carne y hueso* que ha de salvarse o perderse para siempre, y no en la memoria de los demás hombres tan sólo. El idealismo trascendente germánico no era en el espíritu de Carlyle más que superficial; por debajo latía el alma misma de Bunyan, la de los sombríos puritanos obsesionados por el problema de su propia justificación personal y de la salvación eterna de su alma...

Y tan fuerte es su realismo, que llega a la más aguda expresión de lo que en filosofía escolástica se llamaba realismo, contraponiéndolo al nominalismo. Es uno de los más frecuentes artificios de Maese Pedro el de emplear el abstracto por lo colectivo, proceso que las lenguas lo cumplen naturalmente. Para él «la respetabilidad» son las personas respetables, «el patriotismo» los patriotas, el «realismo» los realistas (partidarios del rey). Su realismo no excluye nada; tan palpable le parece una idea como un hombre, ya que en su escenario han de tomar las ideas forma concreta. El teatro no admite entidades abstractas, y en Carlyle todo es teatral.

Se ha dicho que el teatro es el arte de las preparaciones, y lo cierto es que Maese Pedro se preocupa de preparar las escenas que han de venir. Y uno de sus procedimientos es el de la profecía. Creo que ha sido don Juan Valera quien ha dicho que la filosofía de la historia es el arte de vaticinar lo pasado, y la frase es muy feliz y muy graciosa. Maese Pedro acostumbra, cuando saca a escena a alguno de sus muñecos, a decirnos: «éste va a

acabar mal», para añadir más tarde: «¡ya os dije que no podía acabar bien este sujeto! Cuando el rico Lepelletier Saint-Fargeau tiene que pronunciar su voto respecto al castigo a Luis, y exclama «¡muerte!», añade Maese Pedro por su cuenta: «palabra que puede costarle cara», porque ve en el papel que Lepelletier morirá asesinado; cuando presenta a Chalier, de Marsella, añade: «un hombre que no es probable que acabe bien»; y cuando el tribunal le sentencia a muerte, dice Carlyle desde detrás de su tinglado: «ya dijimos que no podía acabar bien.»

Entre este chaparrón de metáforas, prosopopeyas, epifonemas, vaticinios y digresiones, no faltan patochadas que podían haber ido a la colección de Flaubert. Una vez exclama solemnemente: «Hoy no es ayer, ni para el hombre ni para las cosas» (Vol. II, lib. III, capítulo I). En esto de las patochadas y solemnidades perogrullescas dudo que se le encuentre rival más digno que Victor Hugo, que es acaso el escritor al que más se le parece, aunque Carlyle con alguna más metafísica que éste.

¡Archquack! ¡Archicharlatán! He aquí la calificación que mejor cuadra a Maese Pedro y la que se dio a sí mismo. Y con todo y con esto, ¡qué fuente de sugerencias, de enseñanzas, de emociones y de ideas, una obra de Carlyle! ¡Cómo entretiene y cómo enseña la titerera de Maese Pedro! Momentos hay en que el muñeco se agranda a nuestros ojos, cobra vida, se anima, y vemos, no a un perfecto actor que representa a Danton, verbigracia, sino a Danton mismo, en cuanto nos sea dado verlo. Y por otra parte, esta manera de presentarnos la historia, imaginada, rompe a las veces la serie temporal en que de ordinario la vemos presa, y parece que la sucesión se convierte en simultaneidad y el tiempo en espacio, y que conviven y obran y reobran unos sobre otros los hombres de todos los tiempos. Pocos historiadores han sentido más vivamente lo de que la eternidad es la sustancia del tiempo y no el conjunto del ayer, hoy y mañana, que no es la serie infinita, sin principio ni fin, de los movimientos todos, sino la inmutabilidad sobre que éstos se sustentan. Lo único real son la eternidad y la idealidad que en el tiempo y en la realidad se nos muestran: tal es la filosofía toda de Maese Pedro Carlyle, filosofía a que llegó a fuerza de visión de lo temporal y concreto.»

Estos dos aspectos del estilo carlyliano son ampliamente imitados, asumidos e integrados por Unamuno en el suyo y forman su peculiar estilo literario.

Debo decir que la base de este estudio de Unamuno sobre Carlyle le fue adelantado en carta a su amigo y paisano Juan Arzadun, el 12 de diciembre de 1900, en la que podemos leer:

«Tienes razón que te sobra en tus quejas por mi tardanza y poca prolijidad en contestarte. Entono el *mea culpa* y hago propósito de la enmienda, pero... ¡si vieras en que torbellino, y no oficial, estoy metido! Me he llevado más de un mes traduciendo, a razón de cuatro o cinco horas diarias, el tercero y último volumen de la *Historia de la Revolución francesa* de Carlyle —de quien ha trazado Taine una silueta tan sistemática y falsa, como casi todas las del gran falsificador francés— por su manera de hacer historia.

Arma su tinglado se adelanta, suelta un discurso, con muchas interjecciones y admiraciones y puntos suspensivos y mucho de ahora van a ver ustedes, señores, etc.» ¡descorre la cortina, saca sus muñecos, les hace hablar, accionar y obrar. Les increpa, les anima, les insulta, traba diálogos con ellos, les dice «¡ya te profeticé yo, Petion, cómo habías de acabar! «Pero ¿qué haces, cetrino Incorruptible? (Robespierre)». Les pone

motes, habla en primera persona, se mete en el escenario entre sus muñecos, interrumpe la representación para soltar un discurso, y añade: «pero, volvamos a nuestro cuento» Y todo esto entre un relampagueo de metáforas, de ingeniosidades y unas descripciones... (Dantón yendo a la guillotina, la Insurrección de las mujeres, la Fiesta del Ser Supremo), que chorrean vida. Figúrate un Victor Hugo puritano y sin brida en la fantasía. Es un asombro de imaginación ese Maese Pedro; pero poco más que de imaginación, que te deslumbra, y fascina, y acaba por marearte. Con pasajes dignos de no olvidarse nunca. Escribió toda una biblioteca recomendando el silencio (el silencio oral sin duda). Merece que leas esa su historia de la Revolución francesa.

Y en ratos que esta tarea me dejaba he terminado la primera redacción de mi novela, la del padre del genio pedagogizado, y ahora me queda labor de repararla, y volverla a reparar.»

El 15 de noviembre de 1902 dirigiéndose a Federico Urales le confesaba: «En otro respecto, Carlyle, no por sus ideas, que me parecen de una extremada pobreza y nada originales, sino por su manera de exponerla por su estilo impetuoso: Carlyle ha sido acaso quien más ha contribuido a que encuentre yo mi propio estilo».

Este reconocimiento, por parte de Unamuno, del influjo que ejerciera en él Carlyle es constante y reiterativo.

En 1903, en su estudio *Contra el purismo*, tomando una actitud defensiva, dirá: «Y este mismo Carlyle, ¿no prestó acaso uno de sus mejores servicios a su patria plagando la lengua de ésta de todo linaje de germanismos, de metaforismos neológicos y hasta de verdaderos barbarismos?³⁸ Hacia finales de 1904, en un ensayo *Sobre la soberbia* —tal vez defendiéndose de quienes le acusan de plagiarle—, saldrá con este exabrupto: «... tales son las palabras de Carlyle, de quien algunas veces he tomado sentencias, pero siempre citándole en tales casos, para que lo sepan los badulaques que hablan de él y de mí sin haberlo leído»³⁹.

El estilo de Unamuno es parecido al de Carlyle, a quien ciertamente imita y copia: «Yo hablo lo mismo con la lengua que con la pluma en la mano»⁴⁰.

La fascinación, el influjo de Carlyle y la imitación de su estilo duró en Unamuno largos años. Este influjo primero de Carlyle, y su alejamiento posterior de él, es reconocido por el propio Unamuno en un estudio a propósito de una obra del escritor hispanoamericano, Zorrilla de San Martín, *La epopeya de Artigas: Historia de los tiempos heroicos del Uruguay*, escrito en el invierno de 1910/1911, donde podemos leer:

«El guía principal de Zorrilla en su técnica, y él no nos lo oculta, es Carlyle, otro poeta, el de los héroes y el culto al heroísmo. Alguna vez le llama “el inglés”, así a secas. Esta obra del gran poeta en lengua castellana está llena de frases carlylescas. Unas veces es el hombre real; otras, el dios interior; ya el arcángel rojo, ya el dragón alado, que pasa por el aire como un meteoro, ya... ¿A qué seguir? ¡Y no me extraña, no! Esas frases resonantes se os quedan prendidas a la memoria como la hiedra al muro. Yo he sufrido

38 a.c. nota 32.

39 *Ensayos*, I, 612. Se está refiriendo a Baroja? véase «Divagaciones de autocritica», en: *Revista de Occidente*, IV (1924), 47, «El escritor según él y según los críticos», en: *Memorias*, I (Madrid, 1944, p. 250) «Galerías de tipos de la época», en: *idem.*, II, Madrid, 1947, p. 153.

40 *Ensayos*, I, 467.

su fascinación. Cuando acabé de traducir su *Historia de la Revolución Francesa*, traducción en que procuré respetar la retórica toda —porque es, sí, retórica— de Carlyle, casi todo lo que yo escribía me resultaba carlyliano. Salí de aquello, como he salido de otras cosas, pero aún le llevo dentro. Y sea a la buena de Dios»⁴¹.

Todavía en 1934, al pronunciar su última lección académica en la Universidad de Salamanca, como queriendo justificar su forma de estilo, no puede menos de decir:

«Se ha dicho que todo castizo escritor castellano es un orador por escrito. Mejor que ser un escritor por habla. No hablar como un libro, sino que el libro hable como Santa Teresa hablaba con su pluma, como un hombre. ¿Retórica? ¿Y por qué no? Lo malo de la gramática es lo que tiene de “grama”, de letra. La letra mata; el espíritu, el son, vivifica...» (*Última lección*, en *Obras selectas*, Ed. Pléyade, Madrid, 1946, p. 1.042.) Compárese uno de los pasajes finales de *La Revolución Francesa*, III, p. 420, en la versión de Unamuno: «Para ti no he sido más que una voz. Pero ha sido nuestra relación sagrada, no lo dudes. Porque aun cuando llegaran a convertirse en huera jerga las cosas sagradas, mientras la voz del hombre habla con el hombre, ¿no tiene la fuente viva de lo que todo lo sagrado brota y brotará? Cabe definir al hombre, por su naturaleza, como “palabra encarnada”...».

Ese hablar con la pluma, Unamuno lo tomó de Carlyle.

Orígenes de «Amor y pedagogía»

Los unamunólogos deberían fijarse muy especialmente en *Amor y pedagogía*, obra —a mi entender— en la que tal vez la presencia de Carlyle más se deja notar. El Epistolario de Unamuno nos permite seguir paso a paso su elaboración. Por él podemos afirmar que Unamuno escribió la obra entre octubre de 1900 y enero de 1902. El 19 de octubre de 1900 le escribe a P. Jiménez Ilundain:

«Voy a ensayar el género humorístico. Es una novela entre trágica y grotesca, en que casi todos los personajes son caricaturescos. Uno suelta aforismos absurdos. Trátase de un hombre que se casa *deductivamente* para poder tener un hijo y educarlo para genio, por amor a la pedagogía. Pone en práctica su sistema. Ensombrece la vida del hijo y acaba este por pegarse un tiro. Espero que tenga más contenido que mi *Paz en la guerra*, no más extensión. Me esfuerzo por decirlo todo con sordina y que salga todo subrayado.

La concepción fundamental es que el mundo es un teatro, y que en él cada cual no piensa más que en la galería; que mientras cree obrar por su cuenta es que recita el papel que en la eternidad le enseñaron. (Tal es la interpretación que un grotesco filósofo que allí aparece da a la doctrina platónica de la reminiscencia.) Cuando el joven héroe va a pegarse un tiro, sólo piensa en lo que dirán, y estudia largamente las cortas líneas que dejará escritas.

En esta novela me salgo bastante de mis procedimientos usuales, volviendo a lo primero que hice, a la zumba con propósitos trascendentales. Quiero hacer una rechifla amarga y fundir, no yuxtaponer meramente, lo trágico, lo grotesco y lo sentimental. No se cómo me saldrá. «El universo

41 *Ensayos*, II, 1085.

se ha hecho para ser explicado», tal es el aforismo fundamental de mi filósofo, quien también dice que «si no hubiera hombres habría que inventarlos.» Una y otra son las fórmulas agudas del intelectualismo y el antropomorfismo.

La lectura del estudio *De Kant a Nietzsche* (en el *Mercurio*) ha acrecentado mi horror al intelectualismo. A la vez, lo otro me parece inconsistente hoy. ¿Para qué sirve el Universo? «Para catalogarlo mediante la ciencia» (¡!).

El 31 de enero de 1902 le escribe al catalán Valentí Camp:

«A la vez que esta carta recibirá usted el manuscrito de mi novela «Amor y pedagogía», cuyo título puede cambiarse si a usted le gusta más, por este otro: «El Amor pedagogo» En estos quince días apenas he hecho, fuera del despacho del rectorado, más que trabajar en ello.

El prólogo acaso le parecerá a usted un exceso de humorismo, pero estoy en él tanto o más interesado que en la novela misma. Es un desahogo de cosas que hace tiempo deseaba soltar.

Con el manuscrito en su poder podrá ya formalizar el trato con el Sr. Henrich y hacer la escritura o lo que haya que hacer.»

Amor y pedagogía está escrita, por tanto, en plena traducción y corrección de pruebas del tercer volumen de la obra de Carlyle. Me atrevo incluso a decir que lo fue: para descansar de la obra que estaba traduciendo. Las dos obras se hicieron a la vez.

No sería justo si dijera que el influjo de Carlyle en Unamuno se reduce sólo a aspectos lingüísticos. Unamuno, gran lector de biografías, que no historiador de ellas, sintonizó con Carlyle en su interés por las grandes figuras de la historia. En el ensayo *Educación para la historia* leemos: «Leía, sin embargo, a los historiadores artistas y sobre todo a los que nos presentan retratos de personajes... Un historiador como Oliveira Martins, verbigracia, gran pintor de almas, o, como Carlyle —a quien he traducido—, me encantan»⁴².

Unamuno, hombre pasional, acostumbrado a poner el alma en todo lo que hace, escribe o dice, porque siempre sintió lo que dijo y dijo lo que sintió, Carlyle se le presentó como su viva imagen; porque éste, en *History of the French Revolution*, había puesto todo el alma: «Lo cierto es que los mejores libros de historia son aquellos en que vive lo presente, y si bien nos fijamos, hemos de ver que cuando se dice de un historiador que resucita siglos muertos, es porque les pone su alma, les anima con un soplo de la intra-historia eterna que recibe del presente»⁴³, escribirá *En torno al casticismo*.

Tal vez se encuentre aquí, en el *Maese Pedro* escocés, acuñada por primera vez la frase: el «hombre de carne y hueso», núcleo de la filosofía unamuniana. En Carlyle está la fuente.

Unamuno no es ni mucho menos un mero traductor que conoce el inglés, o un lector cualquiera que asume lo que está escrito, por el mero hecho de estar impreso. No le importa que esté dicho por Taine o por quien sea. Si no está conforme, Unamuno lo dice. No es de los que se callan o muerden la lengua.

Aparte otros aspectos, que el lector podrá encontrar por su cuenta, si se entretiene en comparar a ambos autores, hay en Unamuno una sintonía con Carlyle a propósito de la idea de *Tiempo* y de

42 *Ensayos*, II, 1012.

43 *Ensayos*, I, 25.

Eternidad. Claro está, que, uno siempre sintoniza con aquello que lleva dentro. El problema está, sin embargo, en cómo se van gestando en el interior de cada quien las ideas que luego serán su acervo. Ni que decir tiene que, tanto en Carlyle como en Unamuno, las ideas de Tiempo y de Eternidad jugarán un papel central en la visión que ambos tuvieron del mundo. Carlyle fue para Unamuno una especie de Victor Hugo: un retórico puritano «que amontona metáforas, apóstrofes, etc.», pero también, «pocos historiadores han sentido más vivamente lo de que la eternidad es la sustancia del tiempo y no el conjunto del ayer, hoy y mañana, que no es la serie infinita, sin principio ni fin, de los movimientos todos, sino la inmutabilidad sobre que éstos se sustentan. Lo único real son la eternidad y la idealidad que en la realidad se nos muestran; tal es la filosofía toda de Maese Pedro Carlyle, filosofía a la que llegó en fuerza de visión de lo temporal y concreto»⁴⁴.

Unamuno percibió con nitidez que Carlyle era una extraña síntesis entre predicador, filósofo, poeta e historiador romántico. En el fondo lo que le hubiera gustado ser él. En *Vulgaridad* Unamuno, asumiendo el juicio que sobre Carlyle daría Höffding en su *Historia de la filosofía moderna*, escribe: «La desgracia del hombre estriba en su grandeza, en el infinito que se agita en él y que no puede verter en las formas de su naturaleza finita»⁴⁵, para añadir de inmediato: «Es inútil querer discutir si Carlyle tenía o no razón, sino de sentimiento es de lo que aquí se trata».

Unamuno, hartado de bregar, reafirmará su voluntad de lucha contra la vulgaridad, apoyándose en esta cita carlyliana: «Tenía razón Carlyle: Si el mundo fuera bueno, sería absolutamente inútil».

(noviembre 1994)

44 *Maese Pedro*, a.c.

45 *Ensayos*, II, 595.